

338

FILMS DE
AMOR

25
cts



WARREN
WILLIAM
CONSTANCE
CUMMINGS

EL ADIVINO



FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO: EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAGUER

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES:
Valencia, 234-Apartado 707-Barcelona



AGENTE DE VENTAS
Sdad. Gral. Española de Librería - Barbasá, 14 y 16 - Barcelona

AÑO VIII

APARECE LOS JUEVES

NÚM. 338

(THE MIND READER, 1933)

EL ADIVINO

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por

WARREN WILLIAM

EXCLUSIVAS

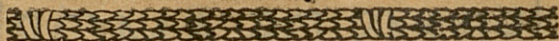
Warner Bros, First National Films
S. A. E.

Paseo de Gracia, 77 - Barcelona

INTERPRETES

Chandra	WARREN WILLIAM
Sylvia	Constance Cummings
Frank	Allen Jenkins

ARGUMENTO DE LA PELICULA



I

—Si entre ustedes hay alguien que tenga un dolor de muelas..., yo le haré la extracción gratis!... ¡Y sin dolor! — así gritaba uno de los muchos charlatanes embaucadores que, en las esquinas de las grandes ciudades, abusan de la credulidad del pueblo y viven a costa de la inocencia ingenua de las gentes.

—“¡Alisapelo!” — anunciaba a voz de grito—. ¡El tónico milagroso para el cabello!... ¡Fascinen a las mujeres con una caballera sedosa por poco dinero!... ¡A 25 centavos el frasco!...

—EL CAMPEON MUNDIAL DE LA PACIENCIA — anunciaba un letrero—. ¡Un ejemplo asombroso de resistencia y tenacidad! ¡Sentado en la punta de un asta de bandera!...

—¡Hombre! — exclamó uno de los espectadores—. ¡Esto sí que es asombroso! ¡Oiga! —preguntó dirigiéndose al campeón de la paciencia—. ¿Podría hacerle una pregunta?

—¡Calla!... Esto es un secreto profesional. El campeón de la paciencia seguía impertérrito sentado en la “punta de un asta”.

—Baja, chico, esto es un fracaso — le dijo su compañero, que veía pasar a las gentes sin dignarse alzar los ojos hacia aquel extraño campeón.

—Nadie quiere levantar la vabeza para mirarte.

—¿No hay gente? — preguntó el otro decepcionado—. ¡Efectos de la depresión económica! ¡Qué gente tan tacaña! ¡No pagarían por ver a Greta Carbo bailar una rumba!

Pero la gente se precipitaba hacia uno, que se anunciaba “Adivino”, y acudían allá como moscas a la miel, para conocer, por boca de aquel hombre, el porvenir que les aguardaba.

—¡Qué negocio!

—¡Cómo entra la gente!

—¡Adivina el pasado, el presente y el porvenir!

—¡Una mina de oro!...

—¡Este sí que es un negocio bueno! ¡Cada año, 30 millones de personas acuden a los videntes... y pagan 125 millones de dólares!

—¡Qué fortuna! ¡Yo no me había enterado de eso!

—¡Cualquiera puede hacerlo!

—¡Claro! ¡Les dices un montón de mentiras con voz grave... y, por muchas tonterías que les diga, les creerán y... les pagarán bien,

además! ¡Por ejemplo, dices: "Veo un joven alto, trigueño, de porte distinguido... Tiene una gran fortuna en la República Argentina"... y muchas tontas lo creerán y te harás rico.

—Para esto, necesito un nombre de mucho efecto... ¡El Gran... algo! El Gran Le Blanch... El Gran Levoni...

—¡El Gran farsante te cuadra mejor!

—¡Mira — exclamó de pronto el campeón de la paciencia—. ¡El nombre que necesito!— y le señaló un cartel que anunciaba con gruesos caracteres:

"MERENGUITOS CHANDRA. Los MEJORES DEL MUNDO."

—¿Cuál? Chandra o Merenguitos? — le preguntó el compañero.

—¡Chandra!... ¡El Gran Chandra!...

YA ESTA A LA VENTA en

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

FELIPE DERBLAY

La novela amorosa y sentimental de todos los tiempos. Un corazón lacerado por el dolor de la traición de un querer.

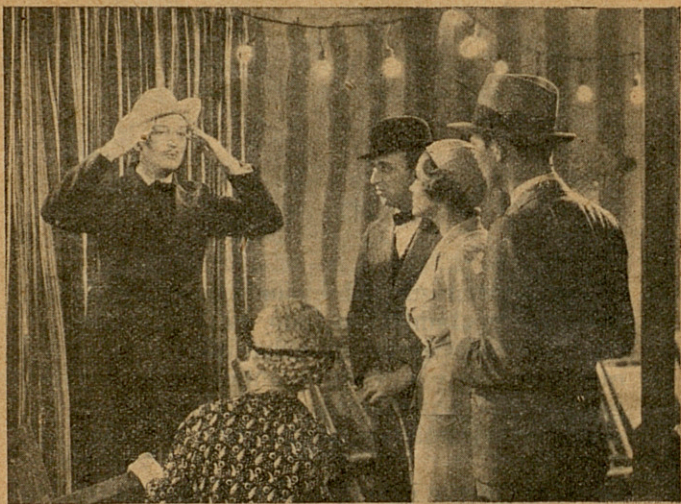
II

Comenzaron sus exhibiciones, después de haberse preparado el tinglado. El Gran Chandra supo rodearse de todo el misterio que el caso requería, y su socio, hombre avisado y gran vividor, anunciaba a grandes voces y con gestos melodramáticos, la aparición del mágico adivino.

—¡El vidente incomparable! ¡El gran místico Chandra! Adivina el pasado, el presente y el porvenir. ¡Repartiré entre toda la concurrencia unos papelitos donde podrán escribir sus preguntas, sin que nadie lo vea, ni sus vecinos!... ¡El Gran Chandra contestará a todas las cuestiones y resolverá todos los conflictos que se le sometan! Mohamed—añadió dirigiéndose a un negro, al que habían alquilado para dar más vistosidad a la representación—. ¿Están ya todas las preguntas en el cesto?

El negro asintió con un mudo gesto lleno de dignidad.

—Entonces, quémalas.



Se pasó sus dedos largos y amarillentos...

En un enorme recipiente, montado en el escenario donde el Gran Chandra, vestido con un turbante turco y en una pose de místico recogimiento, aguardaba a que el público sometiera a su "sabiduría", las preguntas que a cada uno sugirieran sus propios contratiempos o sus ilusiones, el negro arrojó todos los papelitos que la concurrencia había llenado, y una llamarada roja y viva, seguida de

una nube de humo, subió culebreando de dentro el misterioso recipiente.

El Gran Chandra se pasó sus dedos largos y amarillentos por los ojos entornados, se concentró en sí mismo, se abstrajo de todo lo mundanal y vano y se hundió en las etéreas regiones, donde había de encontrar las respuestas adecuadas a cada una de aquellas preguntas, consumidas por el fuego.

—“He perdido mis llaves — comenzó a decir una voz que parecía el eco de otro mundo—. ¿Dónde podré encontrarlas? Firmado, *George Thomas*.”

Hubo un momento de silencio y de ansiedad. El adivino callaba buscando en la subconciencia de sí mismo el lugar donde podrían estar escondidas las fugitivas llaves de George Thomas. Cerró los ojos un largo espacio, acarició con sus manos afiladas la enorme esfera de cristal que tenía ante sí y prosiguió, siempre en el mismo tono de ultratumba.

—George Thomas ha perdido sus llaves..., sí..., las veo... Las veo en el fondo de un vaso de aguardiente...

Un calofrío general conmovió a la concurrencia ante aquella aguda respuesta, que hizo salir disparado al llamado George Thomas.

Nuevo recogimiento. Nueva visión de la pregunta escrita por un desconocido y devorada por las llamas.

—“¿Me casaré y viviré aquí siempre? ¿O

buscaré trabajo en Chicago? Firmado, *Silvia R.*"

Segunda reconcentración, más caricias a la gran bola de cristal, silencio en la sala y en la escena, pavoroso silencio de los grandes momentos de emoción. El Gran Chandra, después de haberse pasado las manos por los ojos y por la frente en un largo rato de sonámbulo, respondió:

—Una joven preocupada por su porvenir... ¿Contraerá matrimonio..., labrará su porvenir en Chicago?... La solución del problema, nadie, mejor que ella misma, puede resolverlo... Sin embargo, yo creo..., puedo asegurar..., que un cambio muy grande va a realizarse en su vida, muy pronto...

El Gran Chandra dió un enorme suspiro, como si aquel esfuerzo fatigara poderosamente su espíritu. Tras un breve silencio leyó una pregunta más:

—Pete Slovack desea que le diga si tendrá hijos pronto... No veo señales de que usted vaya a tener hijos... —dijo el Gran Chandra, mientras sus manos se posaban sobre la bola de cristal, como si cumplieran con algún rito divino—. ¡Pero veo que su mujer tendrá tres!...

El Gran Chandra, rendido por la fatiga, se dejó caer anonadado sobre el sillón colocado junto a su mesa.

La exhibición había terminado y el Gran

Chandra, recuperando su aspecto normal, después del breve descanso, dejando sus aires adormecidos y su aspecto de sonámbulo, se dirigió a la concurrencia para decirles:

—Queda teminada mi exhibición pública. Ahora sólo podrán verme para consultas privadas de 10 de la mañana a 3 de la tarde, diariamente en el Hotel Comercial cuarto A.

El Gran Chandra se retiró y fué a reunirse con él, su socio, después de haber anotado las consultas privadas que el público deseara.

—¿Cayó algún tonto? —preguntó el Gran Chandra, mostrando ya sin recato su verdadera personalidad.

—¡Cinco!... y dos de ellos deben tener mucho dinero. Además me apropié esta bolsa —dijo, sacándose del bolsillo de la americana un monedero de señora.

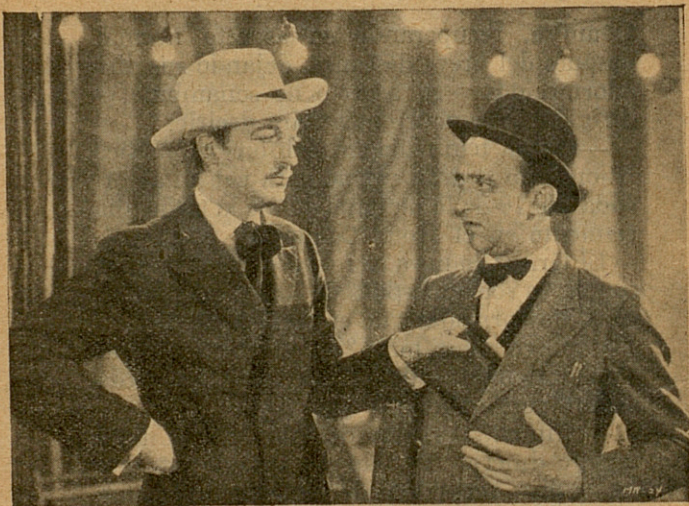
—No debes ahora hacer estas cosas. ¡Puedes estropear el negocio!

Una señora, acompañada de una muchacha muy bonita, llegó para decir que había perdido su bolsa, que estaba segura de que la había perdido en la sala y preguntaba a ver si, por casualidad, la habían visto.

—¡Deben habérsela robado! —le dijo el Gran Chandra, recuperando un aire grave.

—¿Podría usted encontrarla?

—Descubrir cosas perdidas, es a veces muy difícil; necesita de un enorme esfuerzo intelectual. Hoy estoy muy fatigado... Vayan



— Además me apropié esta bolsa.

al Hotel y les dedicaré una consulta privada... Quizás pueda usted recuperar su bolsa.

Al día siguiente, acudieron al Hotel las señoras. La muchacha, impresionada por todo cuanto había oído la víspera, estaba nerviosa, excitada, y miraba al Adivino con sus enormes ojos dilatados por el miedo y el interés.

El Gran Chandra, después de reconcentrarse y de meditar un buen rato, dijo:

— Veo una bolsa color tabaco, con cierre

de plata... Un hombre la lleva escondida en su levita...

Su socio, que estaba junto a él y tenía, en efecto; escondida en la levita la bolsa en cuestión, miró de soslayo al embaucador y comenzó a temblar ante el temor de que, para lucir sus raras dotes de clarividente, no fuera a descubrir su pequeño hurto, y a ponerle en un compromiso desagradable.

— Veo — siguió diciendo el Gran Chandra — a ese hombre que lleva una levita gris... Tiene la bolsa fuertemente agarrada... Le veo temblar. ¡Tiene miedo!... Es de mediana estatura, pelinegro, nariz aguileña...

El socio temblaba de veras, al oír relatar una a una todas sus condiciones físicas. "Ahora me descubrirá", pensaba. Y tenía mucho miedo.

— Está bañado en sudor — prosiguió el vidente—. ¡Le veo tan bien, que podría ponerle la mano encima!...

Alargó la mano la mano como si fuera a designar a su socio y a descubrirle, pero la mano no alcanzó al culpable y el adivino terminó diciendo:

— Lleva barba gris y es un labrador.

El socio dió un suspiro de satisfacción.

— ¿Cómo podré recuperarla? — preguntó la señora, afligida ante aquella noticia.

— Ahora no lo sé; pero estoy seguro de que

puedo yo solo alcanzar a ese hombre... Mañana le devolveré la bolsa con el dinero.

—¡Oh, gracias, señor Chandra!—exclamó la muchacha maravillada—. ¿Cómo podremos pagárselo a usted?

—Estoy bien pagado con el gusto de poder servirla — contestó inclinándose profundamente ante la muchacha, que le había impresionado por su belleza—. Tenga la seguridad de que les será devuelta.

—¡Qué muchacha tan encantadora! — exclamó el Gran Chandra, cuando las señoras se hubieron retirado.

—¡Pero no vale cincuenta dólares!... ¡Es demasiado cara!... ¡Me partes el alma, Chandra, con estas tonterías!

Las mejores

narraciones cinematográficas, solamente las encontrará usted en

**Precio
UNA pa.**

**EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS**

III

Chandra entregó la bolsa a la señorita.

—¡Gracias a usted podemos comer!—dijo ella, inocentemente.

—¿Tan mala es la situación de ustedes?

—No encuentro trabajo y el dinero se acaba pronto.

—Es demasiado bonita para trabajar.

—¡Pues he trabajado mucho tiempo de taquígrafa! Pero dejemos mis asuntos... Su vida sí es interesante, siempre viajando..., siempre conociendo cosas nuevas.

—Sí, pero mi trabajo es abrumador. El esfuerzo que representa adivinar, fatiga mucho, desgasta... ¡Luego, tengo tanta correspondencia!... — le dijo Chandra mostrándole un enorme montón de cartas—. Son consultas que me llegan de todas partes.

—¿Y las contesta todas?

—Cada día, porque si no, al día siguiente el montón se habría hecho dos veces mayor.

—Pues dícteme usted y yo se las contesto. Empecemos. Yo le leeré las misivas y usted

me dictará las respuestas. El trabajo se simplificará para usted. "El doctor me dice que debo operarme. Haré lo que usted diga. Le ruego me conteste pronto, porque el dolor es casi insoportable. le incluyo un dólar. *Mary Higgins.*"

—¡Cómo confía la gente en usted! — exclamó la chica, admirada y sorprendida a un mismo tiempo.

—¡Sí, y nunca he traicionado esa confianza honrosa! — dijo Chandra con profunda serenidad.

—La tomo a usted a mi servicio, me será muy útil.

—Haré cuanto pueda para merecer la confianza que me dispensa, señor Chandra—replicó la niña, emocionada de aquella maravillosa oportunidad.

El socio se sorprendió, al día siguiente, al ver que partía con ellos una muchacha.

—¿Qué pasa? — le preguntó un poco contrariado a Chandra.

—La he tomado a mi servicio. Es mi secretaria.

—No te enredas con esas chicas de pueblo. Luego resulta que todas son menores y... a ti te cuesta ir a la cárcel.

—¡Te he dicho que es mi secretaria! — contestó firmemente Chandra, para deshacer aquel equívoco.



— Usted absorbe mis pensamientos...

El socio se calló, pero no vió con buenos ojos la intromisión de la señorita.

Chandra logró conquistarse sin esfuerzo el amor de su secretaria, a la que encontraba encantadora y de la que él se había enamorado perdidamente.

—No tengo otro anhelo que hacerla feliz— le dijo Chandra, mirándola con ojos apasionados.

—Eso lo dice para halagarme... — contestó ella ruborizada. Y los dos se callaron.

—¿En qué piensa? — preguntó la niña.

—¡Adivínelo usted!

—Prefiero que lo diga — contestó con coquetería.

—Usted absorbe mis pensamientos durante el día... y sueño con usted en la noche... ¿Le pasa lo mismo?

—¡Naturalmente... — contestó ella riendo—. ¿Dígame, que me ve en el cristal?

—Veo que nuestra amistad se estrecha..., hasta ser muy buenos amigos... La fuerza suprema de la vida nos une... La fuerza que vivifica al mundo..., ¡el amor!...

—¿Y todo eso tardará?... — preguntó la niña, acercándose con emoción a la bola de cristal, anunciadora de tan gratas nuevas.

—¡No, ahora mismo! — dijo Chandra, abrazándola estrechamente.

IV

El Gran Chandra montaba su tienda cada día en un pueblo distinto y los dólares se iban almacenando, como granos de trigo, en un año de magnífica cosecha.

Sylvia, la secretaria que se había convertido en amiga y compañera fiel de su amo, cuidaba de todos los detalles con amor, pero tenía absolutamente prohibida la entrada a determinado departamento, donde sólo podía estar el socio de Chandra.

Pero la curiosidad, más poderosa que ninguna otra pasión en el alma femenina, la hizo penetrar en el lugar vedado, en el momento en que Chandra estaba en escena para una de sus exhibiciones.

El lugar prohibido era un pequeño cuartucho en el que, sentado ante una mesa, con un aparato telefónico ante él, el socio de Chandra aguardaba pacientemente. Por un tubo que pendía del techo cayeron, de pronto, un montón de papелitos cuidadosamente doblados. El hombre tomó uno, lo desdobló



Chandra le había prohibido entrar aquí.

y leyó con voz clara ante la bocina del teléfono:

—“Llevo diez años de casada y me encantan los niños. ¿Tendré un hijo algún día?”

Sylvia sintió un sordo rencor contra aquellos hombres, que la habían engañado.

—¡Con que así es como se adivina! — exclamó indignada. ¡Esto es una infamia!

—¡Chandra le había prohibido entrar aquí!

—¡Ahora comprendo por qué!... ¡Bonito modo de ganarse la vida!...

Terminada la representación, Sylvia reprochó a Chandra su conducta.

—No niego que esto es una farsa — replicó Chandra sin inmutarse—. Pero de algún modo tengo que anunciarme.

—¡Y te jactabas de tener poderes ocultos! — exclamó Sylvia casi llorando por su desengaño.

—Y los tengo, nena. Pero esto es el anuncio de que me valgo para obtener consultas privadas. No es posible reconcentrarse ante un nutrido público, pero en la soledad tengo esos poderes; si no los anunciaba, ¿cómo podría ganarme la vida con ellos?

Sylvia, en su ingenuidad y en su amor a Chandra, creyó de buena fe en lo que éste le decía y, echándose en sus brazos, le dijo:

—Comprendo que estaba equivocada. Perdóname, Chandra.

Chandra la besó dulcemente en los labios.

Así les sorprendió el socio que, mirando con ironía al grupo, dijo para sí:

—Es la secretaria, ¿eh?... ¡Pronto ha ascendido!...

La policía persiguió encarnizadamente la clarividencia, que daba vida a muchos frescos del calibre de Chandra y embaucaba a las pobres gentes sencillas de los pueblos y las aldeas.

Chandra tuvo que hacer filigranas de ingenio para seguir haciendo sus exhibiciones y, ayudado por su avisado socio, se valían de mil estratagemas para engañar al vulgo confiado.

Una de las estratagemas, en un lugar en el que el alcalde se las daba de listo y que se propuso descubrir la trampa, de que se valía Chandra para revelar sus poderes sobrenaturales, fué prescindir del apuntador y dedicar a éste a otro trabajo, mientras el Gran Chandra, fingiendo una inquietud extraña, casi desfallecido por el esfuerzo interior, pálido y vibrante por la tensión nerviosa, decía con su voz más profunda al auditorio congregado en la sala.

—Sí..., lo veo... No puedo seguir con las preguntas ahora... Necesito reconcentrar mi atención... Veo un desastre... Un hombre va por una calle oscura; llega a la sequina; mira a su alrededor... Veo los nombres de los faroles: Chestnut y Nash...

—Allí está la joyería de Fagen — murmuró alarmado el alcalde, al oído del alguacil.

—El hombre mira con recelo a ver si alguien le vigila. No hay nadie. Levanta una piedra del suelo... La lanza contra la vidriera... ¡La ha roto! ¡Va a robar todas las joyas!... — y fingiendo un desfallecimiento, El Gran Chandra se desploma anhelante en brazos del sillón que le ayuda en su comedia.

El alcalde y el alguacil corren al lugar señalado; el ladrón huye... ¡Por la clarividencia del Gran Chandra se ha evitado un robo audaz! Todo son felicitaciones y enhorabuenas.

—Momentos después llega Frank, contento de su audacia.

—¿Cómo te ha salido?

—¡Espléndido!... No me ha visto nadie y he podido coger esta sortija.

—Me vendrá muy bien, porque voy a casarme.

—¿A casarte?... ¿Con quién?

—Con Sylvia.

—¡Si esa mujer no vale nada!... No te sirve para el negocio.

—La amo, Frank, y me casaré con ella, aunque tenga que ser mi ruina.

Chandra y Sylvia se casaron. A la muchacha le repugnaba el negocio de su marido y hubiera querido verle convertido en un vulgar comerciante, mejor que saberle embaucador de multitudes. Así le aconsejaba ella siempre, que abandonara aquel juego que algún día podía costarle muy caro, pero Chandra, que encontraba muy cómodo ganarse los dólares con tan poco esfuerzo, no hacía caso a su mujer, hasta que un día...

Un día llegó a casa de Chandra, desesperada, loca, llorosa, una pobre muchacha que,

dirigiéndose al mago adivino, le tendió un papel y le preguntó:

—¿Es suya esta carta?

Sylvia la cogió y leyó: "Querida señora Baily: Acuso recibo de un dólar y contesto a su pregunta en esta forma: NO DEBE CASARSE CON ESE HOMBRE, SINO CON EL OTRO PRETENDIENTE. LA VEO FELIZ CON SUS HIJOS EN UN HOGAR DICHOSO. Chandra."

—¡Usted ha destrozado mi vida! — clamó la muchacha, poseída de un verdadero ataque de locura—. ¡Lo que me dijo no ha sido verdad! ... ¡Me abandonó poco después de casados y el hombre, con quien me dijo que no me casara..., se suicidó por mi culpa!... ¡Farsantel... ¡Le odiol... ¡Le odiol...

Frank empujó a la pobre loca fuera de la habitación, y ésta, al verse rechazada, se precipitó por el hueco de la escalera, yendo a estrellarse contra el pavimento.

Aquel suceso impresionó a Sylvia de tal suerte, que quiso huir lejos de su esposo; pero éste, para retenerla junto a sí, pues la amaba muy de veras, prometió abandonar aquel negocio que tantos sinsabores les daba y dedicarse a un trabajo honrado.

V

La miseria llamó pronto a las puertas del hogar de Chandra. Había procurado ganarse la vida como un buen hombre; había corrido cepillos, jabones, pastas de afeitar..., pero las puertas se cerraron tras de él, sin seguir ni un solo pedido.

Vagaba por las calles de Nueva York, aterrido de frío, pisando la nieve endurecida, llamando a todas las casas y ofreciendo, ya casi sin energía y sin fe, sus pobres mercancías, cuando de pronto, un soberbio automóvil se paró ante él y el chófer, que no era otro que su antiguo socio Frank, le dirigió la palabra.

—¡Chandra, me alegro de verte!... Pero me da pena verte así... ¿Qué haces?

—Vendo cepillos.

—¡Con un negocio como el que tenías!...

—Aquello se acabó... Lo hago por mi mujer.

—¿Por una mujer?... Amor..., matrimonio..., honradez..., esta combinación lleva a

pedir limosna... ¿Por qué no vuelves a dar consultas? Yo puedo ayudarte. Estoy en casa los esposos Austin... Son encantadores. El tiene una trigueña en el paseo Riverside..., la señora anda siempre de bailes... y los dos me pagan para que me calle... Ella cree en cartománticos y videntes y demás timos... ¿Por qué no pruebas?...

Chandra tardó algún tiempo en decidirse; pero los consejos de su amigo le hicieron titubear primero y aceptar después. Montó un pequeño estudio, adoptó el nombre de doctor Munro y principió a dar sesiones privadas de ocultismo.

Frank tenía muchos compañeros de oficio, que le daban noticias semejantes a las del matrimonio Austin por pocos dólares y así el doctor Munro podía informar a marido y mujer de las frivolidades de su consorte y ponerle en antecedentes, para que descubriera por sí misma la infidelidad que les señalaba.

El doctor Munro adquirió pronto una fama insospechada a través de toda la ciudad. Las mujeres se trasmitían unas a otras la noticia de la existencia de aquel ser extraño, que adivinaba con clara precisión todos los detalles de las escapadas matrimoniales, y acudían al estudio del doctor centenares de esposas, de amantes, de novias, que querían saber la verdad acerca del hombre a quien amaban.

Sylvia no sospechaba nada. Chandra le

hacía creer que tenía un buen empleo y vivían de nuevo holgadamente y sin zozobras. Una noche, Sylvia, sentada junto a su marido, leyó en el periódico este suelto:

“¡Los poderes mágicos del doctor Munro están dando de comer a muchos abogados, que trabajan en divorcios. Los clientes forman una cola más larga que la esperanza de un pobre... En lo que va de año, se han desbaratado siete hogares!”

—¡Siete hogares!... ¡Es horrible! — exclamó Sylvia enternecida—. Este hombre es un ser sin conciencia y sin vergüenza... Me alegro que no seas tú y que podamos vivir tranquilos de un trabajo honrado.

—¿Verdad que sí, nenita?... ¡Nunca fuimos tan felices como ahora! — dijo Chandra, ocultando la impresión, que le hacían las palabras de su mujer.

No deje de adquirir todos los jueves

FILMS DE AMOR

la novela blanca preferida
por todas las señoritas

VI

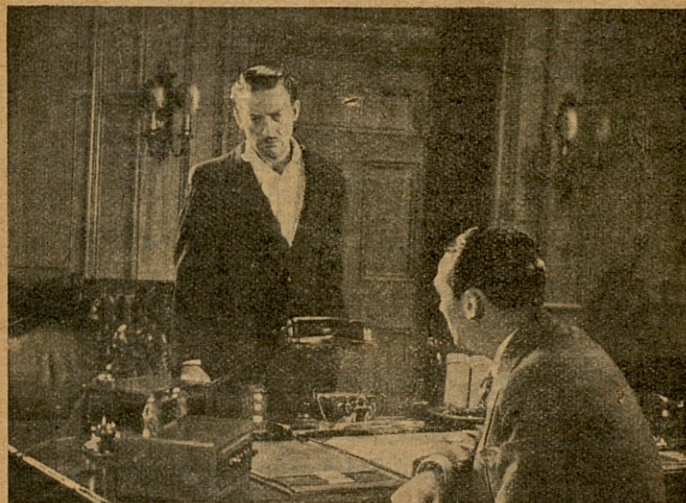
El marido, descubierto por las maquinaciones del terrible doctor Munro, más valiente y menos crédulo que los otros, fuese directo al estudio del *vidente*, que había destruido la paz de su hogar para romperle la cara.

Sylvia, amiga de la esposa agraviada, puesta por ella en antecedentes de lo ocurrido, prometió ir a visitar al malvado doctor Munro y aclarar aquella cuestión escabrosa, que había deshecho la felicidad de dos vidas.

En la antesala se encontraron Sylvia y el esposo agraviado, que medía la habitación a grandes pasos, mientras esperaba la llegada del mago.

La puerta del misterioso cuarto se abrió y el marido penetró en ella enfurecido, mientras Sylvia, miedosa, aguardaba impaciente.

Breves momentos pasaron. En la habitación contigua se oyeron voces, discusiones, luego un corto silencio, en seguida un disparo... Sylvia se puso en pie asustada, esperó... Abrióse la puerta lentamente y, el marido



La miseria llamó a las puertas de Chandra.

agraviado, cayó desplomado, muerto por un tiro de revólver, a los pies de Sylvia, que lanzó un grito de espanto.

La policía, sin más indicios que las apariencias y no pudiendo dar caza al doctor Munro, cogió a Sylvia, la encerraron en el calabozo y la acosaron de preguntas. Ella no podía dar detalles de nada, porque nada sabía, pero no se la dejaba tranquila ni un instante, con-

vencidos los jueces de que aquella mujer estaba en antecedentes de toda la cuestión.

—¿Usted conoce a Munro?—le preguntaron por millonésima vez.

—No, señor, he dicho que no le conozco.

—¿Qué hacía su marido?

—Vendía cepillos.

—¿Qué fué usted a hacer a la oficina del doctor Munro?

—Fuí a ayudar a una amiga.

—¿Y no vió usted a Munro?

—No, señor.

—¿Conoce usted a ese hombre? — le dijeron poniendo ante sus ojos el retrato de su esposo.

—Sí — contestó Sylvia con ingenuidad—, es mi marido.

—Pues este es el doctor Munro.

Sylvia dió un grito y quedó desmayada sobre el banco.

—Encerradle — ordenó el juez—, ya cantará.

Chandra, entre tanto, había huído y trabajaba en los barrios extremos y tenebrosos de la ciudad. Se había dado al vino para olvidar las penas, y sus exhibiciones terminaban siempre con un escándalo formidable.

Era un guiñapo, un deshecho, un pobre náufrago, que apenas podía vivir ya, cuando se enteró por el propio Frank de que Sylvia estaba acusada de complicidad en el crimen,

presa, enferma, gravemente enferma y próxima a ser condenada severamente por el tribunal.

Chandra reaccionó ante la noticia, fué a presentarse voluntariamente a la policía y confesó explícitamente todo lo ocurrido, poniendo en evidencia la inculpabilidad de Sylvia.

Antes de marchar a presidio, pidió que le dejaran despedir de su esposa e implorar su perdón.

Sylvia, que seguía amándole con toda su alma, le abrazó estrechamente sollozando:

—Ahora ya estás en libertad, Sylvia, no has de temer nada—le dijo Chandra acariciándola.

—Estaré en libertad en cuanto me restablezca — dijo ella sonriendo.

—Y... cuando ya estés buena..., ¡olvídate de mí!

—¿Olvidarte después de haberme salvado?

—Quiero que me hagas un favor, Sylvia... Es difícil decirlo... Te he hecho ya tanto daño — dijo Chandra titubeando y con una tristeza infinita en sus palabras—. Quiero que te divorcies de mí y rehagas tu vida... Yo no te merezco..., nunca te he querido... Tú tienes toda una vida por delante y yo... no te amo..., ¡no te he amado nunca!

—¡Oh, Chandra..., no sabes mentir!...

¡Quieres engañarme, pero no te creo! Sé que estás en peligro..., pero yo te esperaré.

—¿Por qué has de sufrir por mí, más de lo que has sufrido? Sigue otra senda..., yo te crucificaría otra vez..., seré siempre un charlatán...

—Poco me importa cuanto digas... Tú me necesitas ahora más que nunca y no te abandonaré... Todo se arreglará y aún podremos ser felices... Chandra, ¡te amo!

Chandra abrazó a su mujer y la besó en la frente con respetuoso cariño.

En el pasillo le esperaban los guardias, que le pusieron las esposas, y Frank, que le estrechó la mano diciéndole:

—Te admiro, Chandra, porque eres todo un hombre.

Chandra bajó la cabeza sin responder y marchó camino del presidio, custodiado por los dos guardias, que habían contemplado impasibles la escena.

FIN

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

HA PUESTO A LA VENTA

GUERRA DE VALSES

Una evocación de la Viena de antaño con sus melodías arrebatadoras, sus amores románticos y su ambiente lleno de poesía. Las rivalidades entre los célebres compositores Johann Strauss y Joseph Lanner, a través de una delicada historia de amor, que como todos los amores puros y nobles, triunfa esplendorosamente. Esta es la síntesis de esta nueva filigrana cinematográfica, vestida con todos los ropajes de la fantasía y perfumada con las melodías de mil valsos de maravilla.

Insuperable creación de

RENATE MULLER

y

WILLY FRITSCH

Precio: UNA peseta.

PEDIDOS A

Editorial "ALAS"-Apart. 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

SELECCION FILMS DE AMOR

36 páginas de texto - Ilustraciones en papel
couché-Portada a todo color-50 céntimos

AVE DEL PARAISO	Dolores del Río.
BOMBAS EN MONTECARLO	Kathe de Nagy.
EL PRINCIPE DE ARCADIA	Liane Haid.
LA INSACIABLE	Carole Lombard.
EL VENCEDOR	Jean Murat.
EL TIGRE DEL MAR NEGRO	George Bancroft.
TENTACION	Joel Mac Crea.
ESTUPEFACIENTES	Jean Murat.
EL HECHIZO DE HUNGRIA	Gustav Froelich.
EL MALVADO ZAROFF	Fay Wray.
EL GRAN DOMADOR	Anita Page.
LA MUJER DESNUDA	Fiorelle.
NOCHE DE GRAN CIUDAD	Jacqueline Francell
VERONICA (La florista)	Franzeska Gaal.
LUCES DEL BOSFORO	Gustav Froalich.
PAPRIKA (Granito de sal)	Franziska Gaal.
ESPIAS EN ACCION	Brigitte Helm.

— PEDIDOS A —

EDITORIAL "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

Remita el importe en sellos de correo y cinco céntimos para
el certificado. Franqueo gratis.

SOLAMENTE EN
Ediciones BIBLIOTECA FILMS
y
Selección FILMS DE AMOR

aparecen los nuevos grandes astros
en sus más portentosas creaciones.

CARLOS GARDEL

LUCES DE BUENOS AIRES
ESPERAME
MELODIA DE ARRABAL

HENRY GARAT

DOS CORAZONES Y UN LATIDO
UN CHICO ENCANTADOR (Il est charmant)
SE FUE MI MUJER
SUEÑO DORADO
PARIS-MONTECARLO

BORIS KARLOFF

EL DOCTOR FRANKENSTEIN
EL MILAGRO DE LA FE
EL DELINCUENTE
EL RESUCITADO

CARY GRANT

LA VENUS RUBIA
MADAME BUTTERFLY
NACIDA PARA PECAR

JEAN KIEPURA

TODO POR EL AMOR
HOY O NUNCA (en prensa).

CHARLES LAUGHTON

EL SIGNO DE LA CRUZ
LA ISLA DE LAS ALMAS PERDIDAS

WARREN WILLIAM

LA AMANTE INDOMITA
VAMPIRESAS 1933

Ediciones BIBLIOTECA FILMS.—1'00 peseta
Selección FILMS DE AMOR.—50 céntimos

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado.
Franqueo gratis.

Propaganda